

OBRAS DESCONOCIDAS

DE

RUBEN DARIO

ESCRITAS EN CHILE Y NO RECOPILADAS
EN NINGUNO DE SUS LIBROS.



Edición recogida por

Raúl Silva Castro

y precedida de un estudio.



PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD
DE CHILE

1934

tinas, menos soñadoras, o tener el sueño en español y vivir la vida en inglés o en alemán. *Lawn tennis, turnverein, turf, sport!* ¿No es así?

RUBÉN DARÍO.

En *El Heraldo*, Valparaíso, 7 de Abril de 1888.

CATULO MENDEZ (1)

PARNASIANOS Y DECADENTES

(Especial para *La Libertad Electoral*)

En las comidas de Víctor Hugo, aquellas en que el maestro se rodeaba de poetas como un pontífice de sacerdotes, o como un Sócrates de discípulos en clásicos ágapes, había siempre al lado de Lockroy, cerca de Coppée, buscando siempre oír bien la palabra del «dios», un poeta rubio, joven, gallardo, que a los postres solía hacer lindas fábulas en verso, en las que casi siempre llamaba al gran Hugo, águila o encina. Aquel poeta se llamaba Catulo Mendez.

El apellido, como se ve, es portugués, y en verdad corren algunas gotas de sangre lusitana en las venas de ese rimador exquisito.

Es Mendez hombre vivaz, al par que soñador. Como contador es espléndido. ¿Quién no conoce algunos de sus cuentos?

El cuento francés, de antiguo abolengo, es hoy de

(1) Sic en el diario en que fué publicado el artículo.—R. S. C.

alta jerarquía en las letras francesas. Y Mendez tiene ahí un tesoro.

No se parece a los últimos narradores de los tiempos nuevos, no tiene nada de Musset, de Balzac, de Daudet mismo, aunque con éste se le noten algunas analogías de arte.

Es hoy un creador distinto. Tiene un sello suyo que delata la procedencia de cualquiera de sus obras; y es el sello brillador, magnífico de su estilo, de su escribir como con buril, como en oro, como en seda, como en luz. Es un parnasiano y un decadente: así le llaman. Los parnasianos vienen de lejos; vense ya en «el paje de Víctor Hugo» y suegro de Catulo, Teófilo Gautier.

A propósito, he ahí un hombre dichoso, este Méndez, casado con una mujer inteligentísima, bella, que cuadra a su marido como la piedra preciosa al anillo, hija nada menos que del autor de *Spirita*.

«Madama Mendez vale más que su consorte», me decía una noche el espiritual Carlos Wiener, que los conoce bien.

Pero Madama Mendez no publica nada y poquísimos saben de lo que esa dama es capaz con el cerebro. Quizá su marido la estimule más tarde. ¿No está floreciendo el *Figaro* unos ramilletes en prosa de madama Alfonso Daudet?

Bella es la hija de Gautier, y cuando soltera era la delicia del hogar de Hugo, a quien se la recomendó su padre al morir.

Algunos de mis lectores deben saber de una anécdota de Antonio Zambrana, el orador cubano, en casa del primer lírico de mundo.

Cuando aquel estimado amigo mío acababa de llegar a París, recién pasados sus trabajos en pro de la libertad de Cuba, tuvo la dicha de que Víctor Hugo le concediese una audiencia.

En el salón estaba, conmovido en aquella morada que tenía algo como una consagración, cuando el anciano llegó

a él llevando de la mano a una niña muy blanca, muy bella, muy gentil.

Zambrana apuró el *sumus* (1) de su más correcto francés y procuró ofrecer una galantería.

—Sí—dijo el gran viejo—: mi ahijada es una estatua de mármol habitada por una estrella.

Esa es la mujer de Catulo Mendez. Y según creo, no tuvo poca participación en las bodas el maestro, rimando dos hermosos alejandrinos.

Viéndolo bien, difícil sería establecer diferencia entre parnasianos y decadentes. Ambos aman el símbolo, ambos prodigan la metáfora, ambos emplean vaguedades o plasticidades desusadas y mal vistas por varios grupos literarios; pero que son más combatidos por los de la escuela chata y burguesa del señor Ohnet y compañeros, con muchísima justicia de su parte, la justicia de «los malos estómagos», como le decía Hugo a Mery a propósito de cierta crítica.

Mendez, como ya he dicho antes, es de los decadentes. Todo el que haya leído sus versos, en *Hesperus*, por ejemplo, le aplaudirá; pero quien haya visto algún cuento suyo, de esos que tan donosamente esmalta y enflora, habrá reconocido al admirable fraseador; un temperamento artístico exquisito, un poeta, en fin, delicadísimo y bizarro. Al escribir su prosa, casi rima. ¿Cuál es el procedimiento?

Crean y aseguran algunos que es extralimitar la poesía y la prosa, llevar el arte de la palabra al terreno de otras artes, de la pintura verbigracia, de la escultura, de la música. No. Es dar toda la soberanía que merece al pensamiento escrito, es hacer del dón humano por excelencia un medio refinado de expresión, es utilizar todas las sonori-

(1) Sic.—R. S. C.

dades de la lengua en exponer todas las claridades del espíritu que concibe.

Los hermanos Goncourt fueron de los primeros en caminar por esa hermosa vía. Julio Janin, a la sazón folletinista de *Los Debates*, les atacó sus primigenias tentativas. Hay que recordar aquellas advertencias cuando la publicación del originalísimo *En 18...* Entonces Janin llamaba «estilo en delirio», al estilo de Julio y Edmundo, y consideraba un absurdo, una locura, pretender pintar el color de un sonido, el perfume de un astro, algo como aprisionar el alma de las cosas.

A los de ahora, y sobre todo a Mendez, se les ataca por ese lado.

Mala fe o ceguera.

Hay, dicen, un exceso de arte, un abandono del fondo, del verbo, por la envoltura opulenta. Así se les llama decadentes, porque han dejado, según los contrarios, de rendir culto al pensamiento por la forma, por la cáscara.

Ah, y esos desbordamientos de oro, esas frases kaleidoscópicas, esas combinaciones de palabras armónicas, en períodos rítmicos, ese abarcar un pensamiento en engastes luminosos, todo eso es sencillamente admirable.

¡Sí—gritan—, pero eso es ir para atrás, ir en decadencia ¿y el ideal?

Señores, desde en tiempos de Homero, genio casi fabuloso, el ideal artístico no es llamar al pan pan y al vino vino.

Se asombran de la descripción, del detalle irisado, de la «salsa lírica» que dijo Zola!

¡La descripción! Para Homero era cosa de siempre; no en Minerva la diosa de ojo azul, ni en el de ligeros pies; en apios y otras verduras holgaba derramar la épica monotonía de sus hermosas pinturas. Hay que ser justos.

Un exceso de arte no puede sino ser un exceso de belleza. Se sabe lo que es el arte. Luego hay ojos tan miopes, hay juicios tan extraños, que pueden confundir en un rasgo, o en un amontonamiento de adornos, a un Benvenuto con Churiguera.

Con fuerza y gracia, ahí está el encanto, señores.
Y es dón muy raro.

Juntar la grandeza o los esplendores de una idea en el cerco burilado de una buena combinación de letras; lograr no escribir como los papagayos hablan, sino hablar como las águilas callan; tener luz y color en un engarce, aprisionar el secreto de la música en la trampa de plata de la retórica, hacer rosas artificiales que huelen a primavera, he ahí el misterio. Y para eso, nada de burgueses literarios, ni de frases de cartón.

Se hacen irrupciones a todas las ciencias, a todas las artes, en busca de lo bello, del encaje, del polvo áureo.

La Academia ve la escuela, la agrupación, con malos ojos. No es temible, pero es enemiga a la callada. Aprueba que se esté a la husma del vocablo en el léxico, mas impone su prosodia, su gramática toda, sus leyes de abuela, las preciosidades absolutas de sus pergaminos.

¡Oh, y qué!

Las palabritas escogidas no son el estilo, porque hasta está ya gastado lo de que el estilo es el hombre. Apréndase Ud. un diccionario de memoria, y será Ud. un tonto. Es aforímo.

Los que deseen arguir deben saber lo siguiente: No hay que afanarse por aparecer brillante sin tener brillo. A quien Dios se las da el buen San Pedro se las bendice. Y luego se puede ser un escritor muy plausible por otras vías conocidas.

No puede escribirse así, sin conocimiento de todo; un conocimiento suficiente, no es preciso llegar al fondo. Tampoco sería posible.

El jovencito principiante, el bachiller talentoso tendrá el buen juicio de evitarse molestias pretendiendo cosechas en terreno vedado. La ignorancia o la pretensión rompen, en estos casos, el casco de oro y muestran el pelo de la dehesa; en tales ocasiones, crin espantable.

Un orífece pintor, un músico que esculpe, un paisajista fotógrafo y hasta químico y siempre poético y—aquí está la palabra—un poeta con el dón de una universalidad pasmosa, he ahí a Catulo Méndez.

Aborrece a los gramáticos, a los filólogos de pacotilla, a los descuartizadores de las partes de la oración, por sus disciplinas, por sus anteojos, porque aturden con sus reglas y se sientan sobre sus diccionarios; y no obstante, es Méndez gramático consumado, puesto que no olvida nunca ser correcto y bello al escribir. Conoce más que lo que enseña el señor profesor; tiene el instinto de adivinar el valor hermoso de una consonante que martillea sonoramente a una vocal; y gusta de la raíz griega, de la base exótica, siempre que sea vibrante, expresiva, melodiosa. Sabe que hay vocablos maravillosamente propensos a la armonía musical. Las letras forman, por decir así, sus cristalizaciones en el lenguaje. Las eles bien alternadas con eres y enes, enlazando ciertas vocales, la q, la y griega, son propicias a las palabras melódicas. Hay letras diamantinas que se usan con tiento, porque si no se quiebran formando hiatos, angulosidades, cacofonías y durezas.

En castellano hay pocos que sigan aquella escuela casi exclusivamente francesa.

Pocos se preocupan de la forma artística, del refinamiento; pocos dan—para producir la chispa—con el acero del estilo en esa piedra de la vieja lengua, enterrada en el tesoro escondido de los clásicos; pocos toman de Santa Teresa, la doctora, que retorcía y laminaba y trenzaba la frase; de Cervantes, que la desenvolvía armoniosamente; de Quevedo, que la fundía y vaciaba en caprichoso molde, der aras combinaciones gramaticales. Y tenemos quizás más que ninguna otra lengua un mundo de sonoridad, de viveza, de coloración, de vigor, de amplitud, de dulzura; tenemos fuerza y gracia a maravilla. Hay audaces, no obs-

tante, en España y no faltan—gracias a Dios—en América.

¡He aquí a Riquelme, a Gilbert en Chile!

Se necesita que el ingenio saque del joyero antiguo el buen metal y la rica pedrería, para fundir, montar y pulir a capricho, volando al porvenir, dando novedad a la producción, con un decir flamante, rápido, eléctrico, nunca usado, por cuanto nunca se han tenido a la mano como ahora todos los elementos de la naturaleza y todas las grandezas del espíritu.

No nos debilitemos, no empleemos ese procedimiento con polvos de arroz y con hojarascas de color de rosa, a la parisienne—hablo con los poquísimos aficionados—, pero empleemos lo bello en otras esferas, en nuestra literatura que empieza.

En otra ocasión diré algo de las obras de Catulo Méndez.

RUBÉN DARÍO.

En *La Libertad Electoral*, Santiago, 7 de Abril de 1888.

LOS VERSOS DE BEAUMARCHAIS

(Para *La Libertad Electoral*).

El creador de *Fígaro* era poco aficionado a rimar, y son escasos los versos que de él quedan. Se explica esto en un tan gran prosista, lleno de ingenio, chispeante, fino, sutilísimo y gallardo; en este caballero escritor que dejó para siempre deleitosa y formidable la pícara filosofía de su inmortal barbero derramada en admirables escenas. El espíritu francés resalta en todas sus obras. Es un pensador sonriente, con algo de bonachón y con aquella perspicacia